

Sobre la extrañeza del falo o lo femenino entre ilusión y desilusión¹

Julia Kristeva

MARTES 24 DE ENERO DE 1995

Continuando con mi exposición del sábado 4 de febrero en la Sorbona, “El escándalo del fuera del tiempo”, en la cual propuse una lectura de la temporalidad en Freud así como un cierto número de ideas sobre la conjunción pensamiento-sexualidad, quisiera volver precisamente sobre *el psicoanálisis como teoría de la sexualidad y del pensamiento*. Desde esta óptica abordaré el tema de la sexualidad, más precisamente de la sexualidad femenina, y en particular la relación de la niña con el Edipo, la ley, el falo. Todo esto nos interesa, evidentemente, desde el momento en que el tema de la revuelta se sitúa también con respecto a la ley. Del estudio de Freud “Sobre la sexualidad femenina”, quiero poner en relieve la frase: “*La bisexualidad está mucho más acentuada en la mujer que en el hombre*”, y para esto haré referencia a diversos textos de Freud, especialmente: “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (Freud, 1925), “Sobre la sexualidad femenina” (Freud, 1931), “La Femenidad” (Freud, 1933) y “Compendio de psicoanálisis” (Freud, 1938) que, aunque no aborda directamente el tema de la sexualidad femenina, encontramos ahí, sin embargo, el estado final de su pensamiento sobre el tema.

¹ Este artículo es el capítulo del libro *Sentido y sinsentido de la revuelta-Poderes y límites del psicoanálisis I*, Ediciones Fayard, 1997.

EL KAIROS FALICO

Si quiero insistir sobre la copresencia de la sexualidad y el pensamiento es para separarme de dos corrientes actuales que interrogan al psiquismo: el cognitivismo por un lado, que no considera a la mente más que desde el punto de vista del conocimiento, y un psicoanálisis prelacaniano por otro, o al menos un psicoanálisis que elude el aporte lacaniano para desviarse, ya sea en una suerte de organicismo, o en una escucha que acentúa únicamente el aspecto fantasmático de la experiencia psíquica, sin tener en cuenta al *pensamiento*. Apartada entonces del psicoanálisis como matema de significante o teoría de la mente, tanto como transacción de órganos como de pulsiones, yo intentaré, por mi parte, sostener que la originalidad del descubrimiento freudiano reside en lo siguiente: el psicoanálisis es una clínica y una teoría de la *copresencia* entre el desarrollo del pensamiento y de la sexualidad. Esta escucha bifronte (pensamiento-sexualidad) del ser hablante (*parlêtre*) que descubro en el corazón de la experiencia analítica, es una variante original del dualismo antiguo y, lejos de “biologizar la esencia del hombre”, centra el estudio del aparato psíquico, de su despliegue o de sus obstáculos, en la dependencia biunívoca pensamiento-sexualidad/sexualidad-pensamiento. Siendo el lenguaje el dominio de esta interacción, comprendemos que es en él donde Freud sondeó la “otra escena”, la del *inconciente*, con sus componentes (representantes pulsionales) y su lógica (procesos primarios), irreductibles a la comunicación lingüística conciente.

Voy a presentarles entonces el estado de mi reflexión sobre la bisexualidad femenina, esforzándome por abordarla bajo el ángulo de la relación específica de la mujer con el falo.

Para permitirles aprehender concretamente este difícil tema, voy a darles a partir de ahora algunos ejemplos paroxísticos de una posición femenina que atestigua una adhesión a lo fálico que puede ser dramática –una adhesión estructurante, en efecto, pero al precio de un sufrimiento a menudo traumático.

LO “INSOSTENIBLE” Y EL “MISTERIO”

Armelle ejerce un alto cargo en una organización internacio-

nal. Madre de familia, esposa, amante, autora –nada le falta sino una satisfacción personal, “*no sexual, insiste, no soy frígida*”, que acompaña el sentimiento de ser una niña nunca tomada en serio, siempre un paso atrás, al margen, por debajo de sus verdaderas aptitudes, y teniendo que encargarse de todas las tareas, faenas, obligaciones posibles e imposibles. Armelle está fijada a esta escena central que yo sitúo *entre* su *Edipo-primo* y su *Edipo-bis* (retengan estos términos, ya volveré sobre ellos): ella se había fabricado una plancha de clavos, se acostaba sobre la superficie erizada de clavos en la cual apoyaba su espalda y su vientre hasta sangrar. A la martirología de los santos, transmitida por la tradición familiar, se agrega aquí el goce estructural de “Pegan a un niño”: pegan a Armelle, Armelle le pega a Armelle, Armelle agujerea a Armelle hasta sangrar; todo el cuerpo es un pene-falo que goza en el sadomasoquismo para castigarse por el placer clitoridiano y para evitar confesarse como cuerpo agujereado-castrado. Armelle habrá adquirido su excelencia profesional, su falicismo en el orden simbólico, al precio de la negación de su bisexualidad: ella quiere ser toda-falo. Su goce perverso se paga con el agotamiento físico y mental de la *superwoman*.

Dominique tiene el cuerpo grácil de un muchacho y un discurso alusivo, lacunar, secreto. Su dominio de la informática no alcanza para explicar esta discreción. Deja escapar, trabajosamente, que tiene relaciones eróticas con mujeres, pero que privilegia a un hombre del cual es la *partenaire* masoquista; Dominique me revelará mucho más tarde que este hombre es su superior jerárquico y, más tarde aún, que es negro. Dominique vivió admirando a su hermano un año mayor, como un doble, un gemelo, hasta el nacimiento de una hermanita, cinco años menor. El idilio de Dominique-niño se terminó en su adolescencia: su hermano fue atropellado por un auto. “*No creo que las mujeres tengan un sexo. Luego de la muerte de mi hermano me di cuenta que yo era lisa entre las piernas, como una muñeca de celuloide*”. Sin pene, sin clitoris, sin vagina, Dominique vive el fracaso de su bisexualidad psíquica ofreciendo su ano como pene hueco a su *partenaire* sádico. Otra figura de “monismo fálico”.

Florence alterna entre la anorexia y la bulimia tratando de vomitar a una madre abandonada y abandonica a la cual protege, y por la cual sufre con todo su cuerpo. Florence reemplazó demasiado pronto a su padre, divorciado de una madre amada-

odiada. Este ajuste de cuentas materno nos conduce a... la ruleta rusa. Sueño: *“Juego a la ruleta rusa que es de hecho una ruleta belga —uno pierde en cada tiro, es decir se gana la muerte. No hay agujero vacío en el cartucho. Usted no me va a creer, pero yo tiré y gané una especie de gran falo, sólo que eso quería decir que yo estaba muerta. Sueño absurdo, el juego no me interesa, es mi hermano el que es un jugador desastroso, un caso patológico que está arruinando a toda su familia.”* Florence traga-vomita el pene (del hermano, del padre), y así gana su gran falo, pero su ganancia se paga con la muerte del cuerpo entero, devenido en falo imaginario y que ella prefiere erigir tanto como abolir en la anorexia, antes que pagar el precio de la falta por el reconocimiento de la bisexualidad.

Más adelante volveré sobre lo insostenible del falicismo en la mujer. Por el momento, quisiera insistir una vez más sobre *la universalidad de la referencia fálica* que se manifiesta en los dos sexos, aunque de manera diferente, mucho antes de la fase fálica y del Edipo al que anuncia. Ya he evocado aquí lo que el psicoanálisis llama “monismo fálico”, que se impone a partir de la clínica y remite a la universalidad de la referencia fálica tanto en el niño como en la niña, aunque de manera diferente. Este aparece (antes que la fase fálica, antes que el Edipo anunciado por la fase fálica, y por consiguiente antes que el niño se percate de la importancia del tercero) por el hecho del lenguaje, por el hecho de la función paterna y del deseo materno por el padre (el suyo propio y el del niño). Llamamos fálico a la conjunción, el encuentro, el cruce entre la importancia del símbolo —del pensamiento— por un lado, y la excitación genital por el otro. Lacan señala esta “marca del falo”, y habla de un “falo sin encarnación” que organiza siempre, a partir de ahí, la psicosexualidad del sujeto. La identificación primaria, el narcisismo, la sublimación, la idealización, la imposición del *ideal del yo* y del *superyo*, no son más que algunas etapas bien conocidas del posicionamiento del futuro sujeto con respecto a esta referencia fálica, en otros términos, de esta unidad del sentido y de la ley.

EL DESEO-Y-EL SENTIDO

Volvamos sobre lo que Freud llama el “estadio fálico” —que él

sitúa entre los tres y los seis años— y que, estructuralmente, es el organizador central de lo que yo he llamado la copresencia sexualidad-pensamiento en los dos sexos. Es la edad en la que el niño descubre sus órganos genitales y su excitabilidad, los inviste al mismo tiempo que al pensamiento referido al lenguaje y al tercero que se ubica, por así decirlo, por encima de la relación sensorial madre-niño. Numerosos autores han subrayado las particularidades que destinan al *pene* a ser investido por los dos sexos y a convertirse en *falo*, es decir el significante de privación, de falta de ser, pero también de deseo, deseo de significar, lo que conforma en consecuencia al significante de la ley simbólica. Recuerden lo que dije la última vez: visible y narcisísticamente reconocido; eréctil e investido de sensibilidad erógena; desprendible, entonces “cortable”, susceptible de pérdida, el pene es, por esto mismo, apto para convertirse en el soporte de la diferencia, el actor privilegiado del binarismo 0/1 que funda todo sistema de sentido (marcado/no marcado), el factor orgánico (entonces real e imaginario) de nuestro ordenador psicosexual.

Saludemos de paso a ese *kairos*², *ese encuentro sutil y en ese sentido milagroso entre el deseo y el sentido*, en el curso de la fase fálica, la cual —aunque preparada— teje de ahora en más el destino del ser humano como ser deseante y al mismo tiempo parlante. *El sujeto*, ya sea anatómicamente hombre o mujer, el sujeto que desea y que habla está formado por ese *kairos fálico*, he aquí lo que nos devela el psicoanálisis, después de los misterios, y lo esencial de nuestro destino psíquico consiste en cargar con las consecuencias —dramáticas, hay que decirlo— de ese misterio.

En efecto, así estructurado y bajo la amenaza de la castración (esto puede reencontrarse como puede interrumpirse), el falicismo de los dos sexos va a sucumbir a la latencia y a la represión. El primado de lo fálico no permanece más que como una “organización genital *infantil*”, ya que, precisamente, esa primacía fálica diferencia la genitalidad *infantil* de la genitalidad *adulta*,

² En griego el término *kairos* designa el punto justo que llega al fin, lo oportuno, lo conveniente, el punto crítico peligroso, la ventaja, el buen momento; lo que es oportuno, conveniente; en griego moderno: tiempo, época. Buscamos la etimología en “encuentro” o en “cortar”. Encontrarse es también cortarse, con lo que ello supone de reunificación y de pérdida posible.

la cual reconoce en principio a los *dos* sexos (Freud, 1923) y no permanece bajo la primacía del falo. Un sólo sexo (el pene), una única libido (masculina), un único símbolo para la actividad del pensamiento (el falo): esta experiencia fálica común a los dos sexos seguirá siendo *un dato de base inconciente* (para ambos sexos). La sexualidad adulta se disociará de esto accediendo al descubrimiento del segundo sexo (en la hipótesis óptima). El monismo fálico será de este modo una *ilusión* infantil, pero continuará siendo una *realidad* inconciente organizadora del psiquismo. La ilusión hecha realidad inconciente: ¿no es acaso una ilusión prometida a un futuro cierto? Nos encontramos aquí en el fundamento de lo que Freud llamará en otro lado el “porvenir de una ilusión”, a tal punto es cierto que toda religión se remonta al culto fálico.

Notemos al pasar que de esta teoría freudiana que la clínica confirma, se desprenden dos consecuencias insuficientemente pensadas. En primer lugar, el *kairos* fálico es propio de la genitalidad *infantil*, lo cual quiere decir que el monismo fálico es un sobreviviente de ese falocentrismo infantil que condiciona al Edipo. En segundo lugar, ya que el falicismo es reprimido y se vuelve inconciente, el inconciente es fálico. En otros términos, el inconciente está desprovisto de genitalidad en el sentido de un reconocimiento de la diferencia sexual: el inconciente ignora la genitalidad en el sentido de la diferencia sexual o, para decirlo más brutalmente, *no hay genitalidad psíquica inconciente* (habría instinto biológico de procreación y el advenimiento puberal de un deseo por el otro sexo, pero nada en la teoría freudiana deja entender que exista *un representante psíquico inconciente del otro sexo* como tal).

Recordemos también que el hombre sufre la “catástrofe del complejo de Edipo”, la cual está condicionada por el *kairos* fálico: esta catástrofe adquiere el aspecto de un desvío del incesto y del asesinato, y se resuelve con la instauración de la conciencia y de la moral que Freud interpreta como una “victoria de la raza sobre el individuo”. Las instancias del aparato psíquico (ello/yo/superyo) reemplazan a las investiduras libidinales mediante el rodeo de la desexualización y la sublimación, y únicamente la *neurosis* –en tanto intenta constantemente retornar a lo infantil y a los placeres edípicos o preedípicos– traiciona una “rebelión” del yo contra “las pretensiones de la función sexual”. ¿Qué

pensar de esta otra forma de “rebelión” que representa para el sujeto no ya la neurosis, sino la creación de pensamiento o de lenguaje, la creación estética a menudo paralela a la neurosis, incluso a la psicosis, pero irreductible a ella? Nuestra interrogación sobre la bisexualidad (aquí femenina) nos permitirá quizá esbozar una respuesta a esta pregunta que Freud no se plantea.

Podemos resumir así el destino, que el fundador del psicoanálisis asigna al primado de lo fálico: es el organizador central del inconciente (del mismo modo que el Edipo); es ilusorio (propio de la organización fálica *infantil*); y estalla bajo la amenaza de la castración, cuando el individuo se borra en provecho de la raza.

Conocemos la revancha y la sobreinvertidura de lo fálico, de lo cual se librerá Lacan para rehabilitar la función del padre y del lenguaje en el sujeto hablante (*parlêtre*): lo fálico “faltante”, “evanescente”, lugar común de la angustia y, por ello mismo, símbolo *princeps* que determina la sexuación. Insisto en el hecho de que no sólo se trata aquí del órgano erecto, sino del pene convirtiéndose en *símbolo* susceptible de *faltar*, de *no ser*. “*El hombre no es si no lo tiene (...), la mujer es sin tenerlo.*” (Lacan, 1927) Quisiera relacionar esta fórmula con la proposición de Winnicott de lo “maternal apulsional”, que simplemente es (el ser *es* el pecho, el pecho *es* el ser) y no hace (Winnicott, 1960)³.

Ser, tener, hacer: ¿las diferencias son acaso tan nítidas? Propongo lo que sigue a manera de prolongación y en contrapunto con esas dos proposiciones de Lacan y de Winnicott.

EL EDIPO BIFRONTE DE LA NIÑA

También en la niña pequeña, un encuentro decisivo suelta su ser de sujeto pensante y deseante: el encuentro (*kairos*) entre el dominio de los signos (abstracciones frías, frustraciones evanescentes, pero igualmente fuentes de nuevos beneficios y poderes) y la excitación sexual genital (no ya oral o anal). Ya sea que la vagina sea o no percibida, es esencialmente el clítoris el que concentra esta asunción fálica, a la vez experimentada (real),

³ Podríamos evocar igualmente a la “madre atóxica” o desintoxicante, la madre que protege de las excitaciones de W. R. Bion (1962).

imaginaria (fantaseada en la lucha potencia/impotencia) y simbólica (investidura y surgimiento del pensamiento). Masturbación, deseo incestuoso por la madre: he ahí la primera vertiente del Edipo (lo llamaré *Edipo-primo*) que estructuralmente define tanto a la niña como al niño, antes de que la niña llegue al *Edipo-bis* que la hace cambiar de objeto (el padre en lugar de la madre). Sin embargo, desde esta estructuración (*Edipo-primo*) se imponen, entre el falicismo de la niña y el del niño, diferencias que quizá no han sido suficientemente señaladas.

SENSIBLE VERSUS SIGNIFICANTE. LA EXTRAÑEZA DEL FALO. LO ILUSORIO

Aunque atinada, la insistencia con que se muestra al lenguaje como organizador de la vida psíquica, a menudo nos ha impedido apreciar en su justo valor la *experiencia sensible* (prelingüística o translingüística). Ahora bien, la *sensorialidad*, fuertemente estimulada en la niña pequeña en las fases preedípicas por el vínculo simbiótico con la madre (por la homosexualidad primaria), la hace capaz de apreciar tanto la diferencia de las *performances* orgánicas sexuales del niño como la sobreinvestidura narcisista de la cual él es objeto. Evidentemente, las variaciones individuales en la excitación o en el placer clitoridiano por un lado, y por el otro las variantes singulares en la valorización de la hija por el padre, influyen considerablemente en las modulaciones del falicismo femenino: una niña pequeña puede estar tanto o más satisfecha o valorizada que un niño pequeño en la fase fálica. Eso no impide que una *disociación sea estructuralmente inscripta* en el falicismo de la niña entre lo *sensible* y lo *significante*⁴. *El falo en tanto significativo de la falta así como de la ley,*

⁴ Los recientes descubrimientos relativos a una participación más importante del hemisferio derecho en la mujer que en el hombre en el ejercicio del lenguaje, pueden ser cotejados con estas observaciones. Más lateralizado, el cerebro masculino trataría al lenguaje más bien como un sistema lógico, mientras que, estando el hemisferio derecho más implicado en la percepción-sensación, el ejercicio del lenguaje en la mujer estaría más asociado a la sensorialidad. Sin embargo, la fragilidad de los descubrimientos biológicos así como el estado de nuestros conocimientos sobre la organización interhemisférica del cerebro, como sobre la interconexión de las neuronas, imponen la mayor circunspección en la interpretación de estas informaciones.

*sostenido en el imaginario por el pene, es desde el principio percibido-pensado por la niña como extraño*⁵: radicalmente otro. Invisible y casi inubicable, el soporte real e imaginario del placer fálico en la niña (he nombrado el clítoris) *disocia*, desde el principio, al sujeto mujer del falo, en el sentido de un *significante privilegiado* en esta conjunción Logos/Deseo que yo he llamado *kairos* fálico, y al cual la niña accede sin embargo con no menos –sino más– soltura que el niño. Una facilidad simbólica (de pensamiento), que la experiencia sensorial (distinta de la pulsión fálica) no siempre acompaña, decepcionada ella de *percibirse* menos visible y *menos notable*, menos apreciada, aunque no necesariamente menos intensamente experimentada como fuente de placer. La menor valorización de la hija por su padre y su madre, en comparación con la del niño, que se juega tradicionalmente en la familias como consecuencia de configuraciones psicosociales específicas, contribuye a consolidar esta decepción con respecto al vínculo simbólico. A partir de ahí, con la disociación sensible/significante se instala la *creencia* de que el orden fálico-simbólico es un orden *ilusorio*.

La *percepción actual* (contemporánea de la fase fálica), desfavorable a la niña (ella no tiene un pene visible, no tiene el falo), reactiva la *alucinación de experiencias anteriores* (satisfacción y/o frustración en la reduplicación hija-madre, en la mismidad minoicomocénica⁶) (Freud, 1931), que fueron experiencias sensoriales precedentes a la aparición del lenguaje o sustraídas a éste. A partir de ahí, desde ese desfasaje entre percepción actual dominada por el *kairos* fálico y percepción/alucinación anteriores, el monismo fálico referido al otro (al hombre) que “no soy”, golpea desde el principio al ser del sujeto-mujer con una negación (“yo no soy aquello que es”, “yo soy de todas formas, a fuerza de *no ser*”). La *extrañeza* o *lo ilusorio* del falo pueden ser el otro nombre de esa negatividad reduplicada del “de todas formas” y del “no ser”.

No es un delirio el que cicatriza el desfasaje percepción/alucinación en la mujer sino, precisamente, la creencia de que el

⁵ En francés *étranger*, cuyos dos sentidos son *extraño* y *extranjero* [N. de la T].

⁶ Mediante esta referencia a la “civilización minoicomocénica descubierta posteriormente a la de los griegos”, Freud designa la relación arcaica madre-hija.

falo, así como el lenguaje y el orden simbólico, son ilusorios y sin embargo indispensables. Por el contrario, podemos interpretar como una forma de delirio el rechazo a aceptar la diferencia y lo ilusorio del falo que ésta conlleva, así como las tentativas del sujeto-mujer por mantener desesperadamente, al precio del sadomasoquismo, la igualdad con el falicismo del niño (ver los tres ejemplos citados al inicio del trabajo).

Entiendo por “creencia” la adhesión conciente e inconciente, sin prueba, a una evidencia: aquí, la evidencia de que el falo, como consecuencia de la disociación percepción/significación, se impone siempre a la mujer como ilusorio. Ilusorio⁷* querría decir, en el fondo, que esta ley, este placer, esta potencia fálica y simultáneamente su falta, a la cual accedo por el falo –el del extraño–, es un juego. No es que no sea nada, pero tampoco lo es todo, aunque fuera un todo velado, como declaran los misterios fálicos. No, el falo que “yo” invisto es lo que hace de mí un sujeto del lenguaje y de la ley; “yo” surjo de eso⁸. Sin embargo, sigue siendo otra cosa, un no sé qué... Pasemos, ya que “yo” entra de cualquier manera en el juego, “yo” también quiero de eso, “yo” juego el juego. No es más que un juego, no es más que un “yo”*, “yo” hago como sí, y es precisamente eso, en el sujeto mujer, la pretendida “verdad” del significante o del sujeto hablante (*parlêtre*). No quiero decir con esto que las mujeres son forzosamente juguetonas (lúdicas), aunque podrían serlo. Pero cuando ellas no están ilusionadas, están entonces desilusionadas. El aparente “realismo” de las mujeres se sostiene en este ilusorio: la mujeres no paran de hacer –y de hacer todo– *porque ellas no creen en él*; ellas creen que es una ilusión.

Esta creencia en lo ilusorio del falo puede acarrear beneficios. Por ejemplo, “yo cultivo una sensorialidad secreta, quizás socarrona, pero me ahorra la dura prueba del niño de hacer coincidir mi placer erótico con mi actividad simbólica”. Una disociación de este tipo puede presentar la ventaja de aliviar y facilitar en la niña sus competencias lógicas, de este modo “extrañas” al erotis-

⁷ *De illudere*, “burlarse de”. *En francés, “se jouer de”, donde *jouer* significa “jugar” [N. de la T.]

⁸ Juego de palabras no traducible; *jeu* (juego) y *je* (yo) tienen la misma pronunciación en francés [N. de la T].

mo, favoreciendo así los logros intelectuales bien conocidos por las niñas: los “pequeños genios” precoces, impertinentes y parlanchines, capaces de hacerlo todo bien porque ellas hacen bien cualquier cosa. Sin embargo y al contrario, esta experiencia de la extrañeza del falo involucra a su opuesto, que es el opuesto de la facilidad, y puede empujar a la niña hacia una ambición fálica paroxística, vecina de la martirología, tal como muestran los ejemplos clínicos dados al principio. Entendemos que la extrañeza del falo en la mujer puede alimentar un aspecto de aquello que muy sumariamente llamamos el masoquismo femenino, más específicamente la competencia fálica sadomasoquista no compensada por el *Edipo-bis* ni por la reconciliación con la feminidad preedípica. Al luchar contra la extrañeza del falo, la niña fálica —que quiere “tenerlo” ella también, de la misma forma que el niño— se vuelve más papista que el papa, santa, mártir y militante de un significante cuyas zonas erógenas son movilizadas en su totalidad para negar lo ilusorio, en el cual ella quiere convencerse de creer... dura (duro) como el hierro.

Volvamos a esta creencia del falo como ilusorio, ya que esto me parece, de entrada, un índice de la bisexualidad psíquica femenina, en la medida en que lo *ilusorio* (o lo extraño) se apoya sobre la dehiscencia entre sensible y significante, que resulta de una adherencia siempre presente, en la niña, a la ósmosis preedípica hija-madre y al código en el cual se realiza esta ósmosis: intercambios sensoriales y prelenguaje (modalidad “semiótica” en mi terminología, ritmos, aliteraciones anteriores a los signos y a la sintaxis). El abandono de esta modalidad semiótica de la significancia en provecho de los signos lingüísticos, en la posición depresiva, caracteriza tanto al niño como a la niña, probablemente con diferencias poco exploradas entre los dos sexos. Ulteriormente, la estructuración fálica del sujeto se añade a la adquisición del lenguaje y lo consolida. Pero en razón de la experiencia de extrañeza del falo en la niña pequeña, el *kairos* fálico reactiva la posición depresiva acentuando así, en la mujer, la creencia en lo *ilusorio* del falo, y al mismo tiempo del lenguaje.

Una aclaración, que es también un ponerse en guardia, se impone: la particularidad que yo estoy poniendo en evidencia es una manifestación de la bisexualidad psíquica de la mujer, y no desemboca necesariamente en personalidades “como si” o “falso-self”, cuya etiología requiere de clivajes traumáticos. No he

hablado aquí de “clivaje” sino de “juego”, de “extrañeza”, de “ilusorio”, siendo en suma lo ilusorio del falo la huella de los dos continentes: el continente fálico y el continente “minomicénico” en la experiencia psíquica femenina. Pienso que lo fálico ilusorio en la mujer puede conducirla a inscribirse en el orden social con una eficacia distante: es lo que Hegel llamaba “la mujer, eterna ironía de la comunidad”. Por otra parte, esta posición ilusoria del falo puede igualmente favorecer las regresiones depresivas de la mujer cuando la atracción de la “sombra del objeto” preedípico (de la madre minomicénica) se vuelve inexorable, y cuando el sujeto mujer abandona la extrañeza de lo simbólico en beneficio de una sensorialidad innombrable, quejosa, muda, suicida. Por el contrario, se puede ver en la investidura maníaca de ese falicismo ilusorio la lógica de la ostentación que moviliza la bella seductora, incansablemente engalanada, maquillada, vestida, ataviada y provocadora, y del mismo modo incansablemente “no inocente” y decepcionada. Nos encontramos frente a una figura muy conocida de la mujer ilusionista y que se sabe tal –de esta “*girl-phallus*” de la cual hablaban Fenichel y luego Lacan: nos las sabemos todas y jugamos a eso.

Inversamente, mientras que la bisexualidad psíquica, repito, impone a la mujer la creencia en lo ilusorio del falo, la *negación de la bisexualidad* se presenta como una *negación de lo ilusorio*. Dicha negación implica la identificación con el falo en tanto tal, lo que equivale a una identificación con la posición fálica del hombre y la escotomización, la anulación del vínculo semiótico primario con la madre (que algunos llaman homosexualidad femenina primaria). De aquí surge la paranoica –la jefa, la directora, etc., o la homosexualidad viril–, agentes del poder bajo todas sus formas, más o menos dictatoriales. Pueden ver que esas diferentes articulaciones del falo confieren privilegios, pero tienden igualmente una trampa, como toda estructuración psíquica.

EDIPO-BIS

Pero lo ilusorio del falo no agota la complejidad de esta extraña figura que es la bisexualidad femenina. A Freud le alcanzó plantear el Edipo para darse cuenta que la niña no se

conforma así. “*Tenemos la impresión de que todo lo que hemos dicho del complejo de Edipo se remite estrictamente al niño de sexo masculino*” (Freud, 1931). Ustedes ya habrán notado que no soy de esos que, afirmándose en este comentario de Freud, rechazan el monismo fálico y por consiguiente la estructuración fálica del sujeto niña. Agrego sin embargo al *Edipo-primo* (indispensable para el niño y la niña, y que inicia el falicismo) un *Edipo-bis*, y propongo pensar una *diada edípica* en la mujer.

Me explico.

Bajo el efecto de amenazas de castración, a las cuales añadiré la prueba de lo que acabo de nombrar como *la extrañeza del falo*, la niña renuncia a la masturbación clitoridiana, se asquea, la rechaza y se desvía de su falicismo tanto real (de la creencia “yo tengo el órgano”) como imaginario (de la creencia: “Yo soy la potencia/la impotencia masculina”). Cultivando su lugar de sujeto del significante fálico, de sujeto de lo simbólico (con la variante de extrañeza y de ilusorio que ella le imprime), la niña del *Edipo-bis cambia de objeto*. Comienza por odiar a la madre que fue el objeto de su deseo fálico y se vuelve hostil a esa madre responsable de la castración así como de la ilusión, en aquello que una ilusión contiene de decepción. Más allá de este odio, la niña se identifica sin embargo con la misma madre que fue objeto de su deseo fálico en tiempos del *Edipo-primo* y, mejor aún, se identifica con la madre preedípica de los “paraísos perfumados”, “minomicénicos”. Es desde este lugar, de identificación más allá del odio, que ella cambia de objeto y desea de aquí en más, ya no a la madre, sino lo que esta madre desea: el amor del padre. Más exactamente, la niña desea que el padre le dé su pene/falo, bajo la forma de niños que ella tendrá como si fuera... la madre. La reconducción de la aspiración fálica continúa entonces en este *Edipo-bis* –interminable por cierto–, y entendemos cuando Freud postula que, contrariamente al niño cuyo Edipo *zozobra* bajo el efecto del complejo de castración, el Edipo de la niña –lo que yo denomino el *Edipo-bis*– no sólo no zozobra sino que no hace más que comenzar, específicamente hablando, en tanto Edipo femenino. Este es “*introducido*” por el complejo de castración (Freud, 1919).

La integración de esta posición femenina en relación al padre no está exenta de ambigüedades. En efecto, ella resulta de una identificación con la madre castradora/castrada, primero aborre-

cida, luego aceptada, que acompaña “una disminución de las mociones sexuales activas”, una “represión de la masculinidad”. “Una buena parte de sus tendencias sexuales en general es menospreciada de manera permanente” (Freud, 1931). ¿A lo *ilusorio* sucedería la *pasivización*? Sin embargo, y paralelamente a esta pasivización, si no es una depresión, *la envidia al pene* persiste como variante del falicismo –lo que probaría que las tendencias sexuales activas están lejos de ser abolidas–, ya sea como una reivindicación masculina en su conducta o en su vida profesional, o bien, más “naturalmente”, en el deseo de hijos y la maternidad.

Aquí termina quizás el mundo como mundo ilusorio para la mujer, para que sea abierto aquél de la *presencia real*.

LA MATERNIDAD: COMPLETUD Y VACIO

Presencia real del falo, el niño es entonces investido por su madre de forma muy distinta a como puede serlo cualquier signo o símbolo, aunque fuera fálico. Es lo que visiblemente comprendió la última religión, la cristiana, cuando hizo de un niño su dios. Y de este modo atrajo definitivamente a las mujeres, sin embargo siempre susceptibles de desilusión, o lo que es lo mismo tan incrédulas, cuando se les presenta un ideal o un superyo desencarnado, del cual Freud mismo se maravilló quedando librado a severas críticas al afirmar la ineptitud de las mujeres para la moral. Más que incapacidad, yo hablaré de “extrañamiento” (*estrangement*), de capacidad en segundo grado, de capacidad crítica y de ironía.

Si es entonces cierto que el deseo de hijos encarna al Edipo femenino permanente, la última revuelta fálica en el *Edipo-bis*, por lo tanto interminable, de la mujer (“quiero un pene = presencia real”), no es menos cierto que la mujer encuentra ahí otra variante de su bisexualidad. ¿Por qué? Porque el niño es su pene, ella no renuncia a la masculinidad. Pero, al mismo tiempo, y siempre a través del niño, ella accede a la cualidad de ser el otro del hombre, es decir una mujer que ha *dado* su niño, se *vació* de él, se *separó* de él. Sin embargo, no es como un *desequilibrio* de la identidad, ni como una estructura abierta es percibida o vivida la maternidad a menudo, sino como una *completud* a la cual el término “andrógino” convendría más que el de “bisexualidad”.

Cuando el orden simbólico se encarna en una presencia real (el niño-falo), la mujer encuentra ahí, en efecto, la conjunción de su esencia simbólica (sujeto pensante fálico) y de su esencia carnal (sensualidad preedípica, dualidad sensual madre-hija, reduplicación de procreadoras). De este modo, realizando su bisexualidad en la androginia en un Edipo nunca concluido, siempre reconducido, la mujer-madre puede aparecer como la garante tanto del orden social como de la continuidad de la especie.

Esta constatación, a la cual llegó Freud, de la mujer como ser social⁹, (Freud, 1931), culmina en la omnipotencia materna que, inscribiéndose en la línea de la mujer garante de lo social y lo biológico, ambiciona hoy, con la ayuda del ginecólogo y del genetista, *reparar* la presencia real: la mujer materna; servida por la sociedad y la técnica, ella tiene la fantasía de poderlo todo, y a menudo se agota haciéndolo, para hacer existir pero también para mejorar, a través de su hijo, la presencia real del falo.

HIPERSOCIAL Y VULNERABLE

Sin embargo, este cuadro de una feminidad hipersocial, ultrabiológica y ferozmente reparadora, para no ser falso, debe tener en cuenta dos fragilidades. La primera, es la permanencia de la ilusión/desilusión con respecto a todo significativo, ley o deseo. La segunda, es la vulnerabilidad de aquélla que *delega su* presencia real en la de *su* hijo (a un otro) y que, a cada ataque a la integridad de este último, revive las angustias de la castración, cuando no se trata de una brutal castración identificatoria. Lo que llamamos sadomasoquismo femenino es quizá la experiencia de esta extrañeza estructural del falo, bajo estas dos formas: cuando es desilusión (fundada en el *Edipo-primo*), o cuando es un ataque a la presencia real reemplazada por el otro, el niño (fundada en el *Edipo-bis*).

Si no se fija en la omnipotencia, la bisexualidad femenina se presta a las pruebas del sadomasoquismo. Entonces, siempre “extrañada” (*estrangée*) en su deseo latente de tener el falo o de serlo (deseo que sin embargo la sostiene en su ser de sujeto), la

⁹ “Quizá no nos equivoquemos al decir que esta diferencia [...] le confiere al carácter femenino su marca como *ser social*.” El subrayado es de la autora.

mujer se desvía de la asunción deseante y fálica; ella renuncia a su bisexualidad psíquica y se complace en una sensorialidad dolorosa, que es la onda portadora de la *depresividad histérica* antes que ésta oscile hacia la melancolía. Inversamente, la *indiferencia histérica* puede traicionar una opción para el falo solamente, pero erigido en superyó, hastiada del placer clitoridiano y privada de toda reminiscencia eventual del vínculo con la madre preedípica.

Estas figuras (entre otras) de la bisexualidad femenina, aparecen en suma como variantes de la posición del sujeto mujer con respecto al monismo fálico. Las dificultades estructurales de este posicionamiento –más que las condiciones históricas que no dejan de sumársele– explican quizás el penoso destino de las mujeres a lo largo de la historia.

Recordemos ahora la adhesión fálica en Armelle, Dominique y Florence, que evoqué al inicio de mi reflexión, y cuyo sufrimiento nos aparece, a partir de ahora, como una negación de la bisexualidad en favor de un fantasma de totalidad andrógina. Les he ofrecido algunas semblanzas sobre ciertos aspectos dramáticos de la “penosa condición femenina”, para mostrar mejor que es ahorrándose estos *impasses*, tan frecuentes, como resplandece lo que en contrapunto denominamos el “misterio” de la bisexualidad femenina. Como todos los logros, la bisexualidad psíquica femenina es ciertamente un fantasma. Supone la inscripción del sujeto mujer en el orden fálico-significante, con el cortejo de placeres y gratificaciones simbólicas (*Edipo-primo*) que procura este orden extraño e ilusorio; supone también el desplazamiento de la castración, de la depresión y del rebajamiento sexual en una revalorización del rol maternal y en consecuencia femenino, que pasa por una reconciliación con la homosexualidad primaria; implica finalmente la investidura de la presencia real del faloníño, prueba de gloria y de castración finalmente menos ilusoria, aunque *siempre ya* un poco “extraña”. En ese verdadero torbellino de adhesión y desapego al falo (al significante, al deseo), la bisexualidad femenina no sería ni más ni menos que una experiencia del sentido y de su gestación, del lenguaje y de su erosión, del ser y de su reserva.

He mencionado aquí la verdadera apuesta de la experiencia... estética, esta variante contemporánea y lúcida de lo sagrado. Abro así una puerta para dejarlos reflexionar sobre la razón por

la cual, buscando el tiempo perdido, es la bisexualidad de Albertine de Gomorra lo que Proust ubicó en la mira de la fantasía del narrador. ¿La bisexualidad femenina sería el objeto por excelencia de la literatura y del arte? Es lo que parecen sugerirnos muchos escritores, encerrados en el torbellino de la posición del sentido, y lo contrario, del sentido y de su gestación, del lenguaje y su erosión, del ser y de su reserva¹⁰.

Pero Albertine muere en una caída de caballo, a menos que se hubiera suicidado. Y más allá de la incómoda situación femenina que nosotras conocemos, la bisexualidad psíquica de la mujer sigue siendo una Tierra Prometida que debemos alcanzar. Especialmente en psicoanálisis, curvando el placer que nos brindan nuestras realizaciones profesionales, clínicas y teóricas evidentemente fálicas hacia la poco decible y fuertemente sensible región de nuestras madres mudas. Transfálico, y en ese sentido no menos fálico sino más que fálico, este goce bisexual sería, estrictamente hablando, misterioso, en el sentido etimológico que ya he mencionado. ¿El misterio último, sería el dolor? Si existe una resolución del masoquismo femenino pasaría tal vez por la resolución de lo que he llamado el *Edipo-bis*: asunción de lo fálico y su recorrido en la presencia real del niño, y reconciliación con lo antifálico irrepresentable de lo materno preedípico, así como del prelenguaje.

Podemos medir el inmenso trabajo psíquico que requiere dicho recorrido que, aunque no termina nunca de llevarse a cabo, a menudo confiere a ciertas mujeres ese aire extraño, desilusionado y sin embargo vivo, fiable.

¿SUFRIR LA FANTASIA ANDROGINA O HACER EL RECORRIDO DE LA ILUSION?

Tengo la convicción que, con esta bisexualidad así entendida como resolución del masoquismo femenino, alcanzamos el resorte psíquico del ateísmo si fuera dado al sujeto hablante acceder a él, sin contrainvestidura militante antirreligiosa. Ya que, se

¹⁰ Picasso afirma que el artista debe convertirse en lesbiana, en Geneviève Laporte, *Un amour secret de Picasso*, éditions du Rocher, Paris, 1989.

habrá comprendido, entreveo en la bisexualidad psíquica de la mujer no el culto al falo, ni un más allá, sino un mantenimiento y un “extrañamiento” de la ilusión como ilusión.

¿Porvenir de una ilusión? ¡Necesariamente! Digan lo que digan, el racionalista Freud tiene razón: todo el mundo quiere su parte de ilusión y se obstina en no saber que se trata de una. Sin embargo, una mujer está estructuralmente mejor ubicada que cualquiera para hacer el recorrido de la ilusión. Y yo no estoy segura que pueda existir otra significación al “ateísmo” que la de aferrarse al otro y hacer su recorrido. Algunos fulgores dejados por mujeres francesas del siglo XVIII podrán guiarnos un día en esta dirección –hacia el ateísmo y las mujeres–, cuya actualidad mundial nos persuade de que corre el riesgo de ser fuertemente peligrosa. Pero otra vez será.

Para hoy, los dejo ante el inconmensurable esfuerzo psíquico que requiere el acceso a este ser psíquicamente bisexual que es la mujer, lo que equivale a decir un ser que no adhiere jamás a la ilusión de ser, como tampoco ser esta ilusión ella misma. Y admito que lo que les he dicho no es, quizás, más que ilusión.

BIBLIOGRAFIA

- BION, W. R. (1962) *CF. Aux sources de l'expérience*, Presses universitaires de France, Paris, 1979.
- (1963) *Éléments de psychanalyse*, PUF, 1973.
- (1967) *Réflexion faite*, PUF, 1983.
- FREUD, S. (1919). “On bat un enfant”, 1919, trad. fr. H. Hoesli, *Revue française de psychanalyse*, 1933, VI, n° 3-4, pp. 274-297. Rééd sous le titre “Un enfant est battu, contribution à la connaissance de la genèse des perversions sexuelles”, trad. fr. D. Guérineau, in *Névrose, Psychose et perversions*, Presses universitaires de France, Paris, 1973, pp. 219 sq.
- (1923). “L'Organisation génitale infantile”, in *La Vie sexuelle*, op. cit., pp. 113-116.
- (1925). “Quelques conséquences psychiques de la différence anatomique entre les sexes”, trad. fr. A. Berman, in *La Vie sexuelle*,

- op. cit.*, pp. 123-132.
- (1931). “Sur la sexualité féminine”, trad. fr. D. Berger, *ibid.*, pp. 139-155.
- (1933). “La Féminité”, trad. fr. A. Berman, in *Nouvelles Conférences sur la psychanalyse*, 1933, Gallimard, Paris, 1936; rééd. 1952, 1971, collection “Idées”, pp. 147-178.
- (1938). Publié en 1940. Notamment le chapitre VII, *op. cit.*
- LACAN, J. (1960-61). *Le Séminaire*, livre VIII. *Le Transfert*, Le Seuil, Paris, 1991.
- WINNICOTT, D. W. (1960). *Conversation ordinaire*, Gallimard, Paris, 1988.

Traducido por Marina Calabrese.

Descriptores: Bisexualidad. Complejo de Edipo. Falo. Masoquismo. Sexualidad femenina.

Julia Kristeva
76 rue d’Assas
75006 Paris
Francia